



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.^a — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 26. — Madrid 15 de Septiembre de 1888.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

Á LA MEMORIA DEL PINTOR EDUARDO ROSALES

EN EL DÉCIMOQUINTO ANIVERSARIO DE SU MUERTE

13 SEPTIEMBRE 1888



EDUARDO ROSALES

4 OCTUBRE 1836. † 13 SEPTIEMBRE 1872

EDUARDO ROSALES

SU VIDA

DECÍA Séneca: «No hay espectáculo más grandioso y sublime para los dioses y para los mortales que ver al hombre de bien peleando con la fortuna.» Frases elocuentes que pueden aplicarse á la ruda batalla que libró Rosales durante su vida. Su historia se condensa en una lágrima. El don inapreciable que une la actividad física con la intelectual fuele negado. Esclavo de los achaques del cuerpo, vivió á expensas de una alma hermosa y grande como sus obras.

En Madrid vió la luz primera á 4 de Octubre de 1836, en la calle de San Marcos, y desde sus primeros pasos, 1845 á 47, cuando estudiaba la primera enseñanza y el latín en el Colegio de Escolapios de San Antón, mostró un carácter sencillo, abierto, una travesura que revelaba claro ingenio y viva inteligencia. Del 49 al 51 cursó Filosofía en el Instituto de San Isidro, descubriendo una verdadera vocación por la pintura, en la facilidad con que copiaba cuantos grabados le venían á mano, entre ellos los del *Semanario Pintoresco Español*, de los que conservo alguno. Con Alejo Vera, su querido condiscípulo, entretenía ocios trazando caricaturas, y el 53 recibía las primeras lecciones de dibujo del profesor D. Luis Ferrant y de Feoli, emigrado italiano, uno de los primeros que le iniciaron en el arte. Por entonces ingresó en la Academia, donde fueron sus profesores Borghini, D. Luis López, D. José Ribera y D. Federico Madrazo.

En 1853 perdió á su buena madre, emparentada con la mía, Doña Petra Gallinas, señora de clarísimo entendimiento, que, enferma hacía tiempo, y aceptando resignada la dolorosa prueba de una vida de privaciones y desgracia, había concentrado todo su sér en el amor de su atractivo Eduardo y de su hermano Ramón, éste de carácter dulce y sombrío, fallecido no ha muchos años en Salamanca de Jefe de Sección del cuerpo de telégrafos. Su padre Don Anselmo Rosales, que había sido empleado público, murió en 1855, y Eduardo, sentada ya la base de su carrera artística, habiéndose dado á conocer en cuadros como el de *Don García Aznar, Conde de Aragón*, pintado para el Museo, y de haber ilustrado la obra de Rotondo *Historia del Monasterio del Escorial*, decidió encaminarse á Italia, la soberana del arte, que desde niño tantas veces había recorrido con el pensamiento; á Roma, centro de sus aspiraciones, llave de su porvenir y maga de sus sueños. ¿Pero cómo había de ir á Roma si carecía de todo elemento? Pues á Roma iba sin otro caudal que el de sus alientos y esperanzas, sin más que su espíritu y su fe. La tenía en el arte como en la providencia, madre de los huérfanos: desde su infancia aprendió á invocar el nombre de Dios, y en sus enfermedades y tribulaciones, en los trances amargos de su penosa vida, en lo que puede llamarse sus confesiones escritas con sangre, en sus carteras, en sus cartas, palpita su fe religiosa y se repiten muchas frases parecidas á esta: «Con ayuda de Dios, venga lo que viniere.» Porque Rosales era católico ferviente y contrito cuando en 1858 estuvo en el Hospital de Montserrat de Roma, hallándose gravemente enfermo, se despidió *in mente* de los suyos. «La vista — dice — de la sangre que acababa de arrojar me acongojó en términos que empecé á llorar, aunque sin verter una lágrima, pero lloraba; entonces vi mi muerte segura, y lo primero que pensé fué en ponerme bien con Dios. Entonces recé por el descanso de mi buena madre, lleno de fe por la eficacia de mi oración.»

Estas protestas de creyente sumiso y convencido, frecuentes durante la existencia de Rosales, y que tan marcadamente resaltaron en la hora de su muerte, contradicen, desautorizan insinuaciones de su entusiasta admirador y biógrafo D. Luis Alfonso, quien bebió en turbia fuente, al escribir que «las ideas políticas y religiosas de Rosales hallábanse en inteligencia abierta á la luz de la razón y el entendimiento, en armonía con los adelantos y tendencias del siglo,» frases que si pretenden dar á entender que Rosales era racionalista se equivocan por completo y acusan de ligero al que sin reservas las consignó. En política nunca tuvo Rosales credo ni partido, ni siquiera opiniones fijas. Dominaba en su recto criterio alto espíritu de justicia, é impresionado á medida de los sucesos, tan pronto acogía la idea de lo que se llama libertad bien entendida, como, entre azares de la revolución, pedía para lenitivo de males de la patria que tanto amaba (son sus palabras) «20 años siquiera de una saludable dictadura.» Y al felicitar ardientemente por el triunfo de Gisbert con su popular cuadro los *Comuneros*, suponiendo que alguien le había juzgado desde punto de vista político, escribía: «Las artes no entienden de opiniones ni son patrimonio de los partidos, pues esto, más que las favorece, las perjudica.»

A los 21 años, algo quebrantada ya la salud, pero animoso, decidor, expansivo, fácil para devaneos, dejando en el Escorial un pasatiempo amoroso á lo que Alfonso, el crítico poeta, llama su Fornarina, cerrando los ojos y haciendo la cruz como el que se arroja al mar en busca de una perla, Rosales salió de Madrid para Roma en 11 de Agosto de 1857, y reunido en Bayona con Vicente Palmaroli y Luis Alvarez, pintores de escasos recursos como él y como él encendidos en la llama del arte, emprendieron su peregrinación, de la que se conservan manchas literarias y descriptivas por extremo pintorescas que en su día daré á conocer. En Burdeos escribía:

«Delante de la obra de León Cogniot, la *Hija de Tintoretto*, hago voto formal de pintar un cuadro aunque me muera de hambre.» Voto que confirmó al recrear con el Vassari sus convalecencias, leyendo la vida del *divino Rafaello*. Dos meses duró el viaje que apuró los ochavos que llevaban, pues se detuvieron, entre otras ciudades, en Pisa, Génova y Florencia, llegando á Roma en 19 de Octubre.

Renováronse sus padecimientos, afectado sin duda por la escasez que amigos cariñosos le ayudaban á sobrellevar, y compartió sus esperanzas y temores pintando copias para vivir, y combatiendo su tenaz dolencia. Rosales, Álvarez y Palmaroli se establecieron juntos en la «via de la Purificazione.» Allí, como dice Rosales, hay un cuartito donde viven tres jóvenes españoles, lo cual trae alborotadas á las muchachas del barrio: dicho cuarto á lo estudiante, consta de una sala y nada más; y esto me recuerda aquello de: «Lista de la ropa blanca que trajo mi hijo Crispín de Salamanca: un calcetín, etc.,» pero esta sala se comunica con la calle por dos ventanas, gracias á las que nos permitimos dirigir nuestras miradas á las vecinitas. En la sala hay tres catres exclusivamente nuestros, porque nos han costado el dinero; además de los susodichos catres hay tres sillas (si viene alguna visita se sentará donde mejor le parezca), una mesa, un menguado espejo, una jofaina, una vela metida en una botella que sin duda tuvo vicio en sus más floridos años, y las camas, ¡oh dolor! con sábanas sólo; pero un estudiante jamás se aturrulló por eso: de noche se echa encima de ellas cuanto se encuentra á mano, hasta las botas, lo que nos proporciona buenos ratos al acomodarnos por la noche en nuestro improvisado lecho. En cambio tenemos un buen estudio, que es en lo que hemos echado nuestro lujo, y aho-

ra voy á especificarte lo que me cuesta vivir aquí, ya que no logremos la dicha de hallar un país en que el vivir no cueste dinero. Desayuno, un vaso de café con leche y pan, unos seis cuartos; comida, la hacemos en una especie de bodegón, donde van varios artistas alemanes, y nos cuesta dos reales y medio; cena, una taza de sopa y pan, un real, y con esto á la cama.»

Así vivían y ayunaban en Roma los aspirantes á la celebridad. Las fatigas y penalidades que según Rosales le habían convertido «en verdadero ovilla y madeja de desdichas, infortunios y desventuras,» dieron con su cuerpo en el hospital de Montserrat, donde la caridad y verdadero amor cristiano de aquellos buenos padres confortaron su espíritu, ayudándole á soportar las miserias de la vida, lo que no impidió que en 1859, segunda vez de las tres que estuvo en el piadoso asilo, la medicina extremara las sangrías que, por lo repetidas, tanto hubieron de debilitarle, quedando, según su propia confesión, exánime, sin fuerzas para nada, hecho una verdadera visión, sorbira ó manojito de huesos. En el hospital recibió la noticia de haber obtenido del Gobierno una pensión de gracia, refrendada por el Marqués de Corvera, pensión que años después renovó el Marqués de la Vega de Armijo, á cuyos dos Sres. Ministros de Fomento debió nuestro glorioso artista medios de poder hacer ostensible su mérito.

Y por coincidencia de su aciaga suerte, en el mismo hospital, después de haber obtenido el voto de admiración pública que en la Exposición de 1864 le granjeó su obra magna de *El Testamento*, recibió un parte telegráfico que no se atrevió á abrir juzgando fuera alguna noticia adversa, y que estando presente su entrañable amigo Gabriel Maureta éste le dió á conocer. El telegrama era nuncio de una nueva que llenó su alma de júbilo: el Jurado internacional en el Certamen universal de París de 1867 le había otorgado un premio superior en todos conceptos á la medalla de primera clase que por la misma obra le había anteriormente concedido el Jurado español, escatimándole una honra que, como se advierte, tenía bien ganada. Su nombre en París, más que con Ussi, autor del cuadro *El Duque de Atenas*, luchó con la influencia artística de Italia, quedando varias veces empatado con el florentino para la medalla de honor; se concedió á Rosales la primera medalla que seguía á ésta, y lejos de engreirse con un triunfo que por ningún otro artista español había sido igualado, en 8 de Mayo de 1867 me decía desde Roma: «Conozco la obra; conozco á su autor; es hombre de edad y de más estudios que yo; había empleado algunos años en su trabajo, y es indudablemente más importante que el mío; él era maestro cuando yo llegué aquí en mantillas, con que justo es que se premie al que más títulos tiene, y sírvame este incidente para perseverar en la liza, que joven soy, y malo será que no pueda dar un paso adelante.»

Tras este premio que el autor de *El Testamento* pudo apreciar con su natural modestia, aun conociendo las terminantes declaraciones del Jurado internacional á su favor, vino en 25 de Julio, y á propuesta de aquél, el nombramiento de Caballero de la Legión de Honor, merced no concedida á Ussi, y la colonia española en Roma celebró este suceso reuniéndose en fraternal banquete 34 artistas, los más notables de nuestro país y el extranjero, que no contentándose con vitorear á Rosales, le dedicaron una paleta orlada de laurel, en la que constan otros tantos nombres, y que la viuda de Rosales conserva como depósito sagrado. Desde entonces la única vanidad que se permitió nuestro artista fué lucir, en el ojal de su levita, aquella condecoración tan significada que él llamaba «la pincelada de bermellón.» Tal distinción parecía que obligaba á España para con un hijo que tan alto había enaltecido su concepto en Francia y en los países de Europa.



EL EVANGELISTA SAN JUAN, ÚLTIMA OBRA DE ROSALES.

que visitaron su Exposición; en efecto, nuestro Ministerio de Estado le nombró en 1870 Comendador de número de Isabel la Católica, de aquella reina á quien Rosales rindió el culto mayor del arte; ni siquiera le dieron la Gran Cruz de Isabel la Católica con que se adorna ya casi todo español. Valían más las mercedes que siguió recibiendo de fuera. En 1869 fué nombrado Corresponsal de la Academia Imperial de Francia; en 1870 Académico profesor de la de Florencia; la de San Fernando le distinguió el 72 con el título de Académico Corresponsal en el extranjero, merced cuyos merecimientos había confirmado el artista, ganando en la Exposición de 1871 otra medalla de primera clase por la *Muerte de Lucrecia*.

He citado antes á su viuda. ¡Pobre hermana mía! La inclinación que desde su juventud había mostrado Rosales por Maximina Martínez Pedrosa, á la que ella había correspondido, se convirtió en amor santificado por la Iglesia en 6 de Agosto de 1868. De esta felicísima unión nació una niña; Eloísa, que fué para mi hermano algo así como un nuevo mundo, que despertaba sus sueños de color de rosa; pero cuando Eloísa anticipaba con sus encantos la edad de las gracias, se convirtió en ángel, y se fué, abriendo en el corazón de Eduardo una nueva y hondísima herida. Nació después en 1872 su segunda hija Carlota, y esta interesante y desventurada niña no logró conocer á su padre, ni él gustar las delicias de la paternidad, porque al llegar Carlota al mundo, puede decirse que ya estaba muerto.

Un esfuerzo inaudito de sus facultades creó en tal estado su obra, á mi modo de ver, más gigantesca, *Los Evangelistas Juan y Mateo*, y los pocos que, con la honda espina en el pecho de que se acercaba su fin, se los veíamos pintar, pudimos apreciar la fatiga, el anhelo, las ansias de muerte con que trazó y dió vida y sentimiento á aquellas colosales figuras. En el verano de 1873 emprendió un viaje á Panticosa ¡el último! Se fué solo contra la voluntad de todos nosotros. Había llegado al extremo de la postración y de la reserva; de la concentración de carácter y sobriedad de palabras, que fué en aumento desde sus tristes días de Roma; pero mantenía en toda su plenitud la cualidad más saliente de su carácter: la voluntad. Mi buen Eduardo atravesó el Pirineo como sombra que huye del mal, como mariposa que revolotea en torno á la luz que ha de abrassarla, como espíritu que empieza á escaparse del cuerpo. A poco volvió. ¿Pero cómo? El lo decía á Maureta, su confidente y amigo leal, desde Canfranc en 16 de Agosto:

«Desesperado, y no viendo perspectiva alguna, me decido á emprender mi vuelta por Francia. No sé si he hecho mal; el resultado lo dirá. La verdad es, amigo Gabriel, que se ha apoderado de mí tal tristeza, tal desaliento, que volando quisiera volver al seno de mi familia. En este estado mío hay mucho de nostalgia de familia, de ansia de volver al lado de los míos. Después..... ¡loado sea Dios por lo que me mande!

» Recibí tu cariñosa felicitación. (Alude al nombramiento de Director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma, que á su fundación le confirió Castelar). Gracias mil por ella. Pero temo no disfrutar honor tan cumplido. Estas fuerzas están muy postradas. ¡Oh Gabriel.....!»

A pocos días tuvo la dicha de llegar vivo á su desolado hogar de la calle de Válgame Dios. A los dos meses justos espiraba, circundado de la deslumbrante aureola del mártir, con la resignación del justo y la paz del elegido, confirmándose en el vacío que reinó en torno de su lecho mortuario, el dicho de Legouve, de que: «hay algo que se agota en un instante: la admiración.»

Un cronista y admirador apasionado del hombre que finaba, del genio que nacía á la inmortalidad, escribió:

«Rosales exhala su último suspiro en brazos de su esposa y de un corto número de buenos amigos. Para acompañar al Sacerdote que había de prestarle los últimos consuelos de la religión, uno de los modelos del artista se ve precisado á reunir gente extraña, que miraba indiferente inclinarse ante la Santa Forma aquella cabeza que supo pensar y dar vida al asombroso drama de *Lucrecia*.»

Si hay algo de que no pueda dar fe es de estos terribles momentos, reproducción de los que yo había experimentado pocos días antes, en que su cumbió la madre de mis cuatro hijos.

Eduardo Rosales pasó á la posteridad. Se intentó levantarle una estatua, formóse una Comisión, todo quedó en proyecto; su estatua única fué la erigida á expensas de los célebres artistas José y Francisco Masriera, al lado de la de Fortuny, para su monumental estudio pictórico de Barcelona. Madrid, donde había nacido, guarda sus cenizas en un modesto nicho del segundo patio central del Cementerio de San Martín, que fácilmente se descubre, por el recuerdo de piadosa amistad que le consagró el famoso escultor Elías Martín, en un medallón, bajo relieve que ostenta el retrato de Eduardo Rosales.

El Estado adquirió al fin el lienzo de *Lucrecia*, al mismo tiempo que la *Leyenda del Rey Monje*, del ilustre Casado. Los términos del art. 2.º de la ley votada por las Cortes de 1881 son éstos: «Se aplicará á la adquisición del cuadro del Sr. Casado la cantidad de tantas..... pesetas y á la de la *Muerte de Lucrecia*, tantas restantes. Con las restantes tiene escasamente para pan la viuda de Rosales, y gracias á la alteza de sentimientos de D. Segismundo Moret, que influyó poderosamente en esta justicia de la compra del cuadro, y que ha dispensado su protección á la huérfana de Rosales, resolviendo como Ministro de Estado, pensionarla en Roma, donde reside, para que pueda seguir rumbos que la aproximen más, al inextinguible recuerdo de su padre.

La fisonomía moral de Eduardo Rosales, se condensa en su amor á la familia compartido con el del arte, en cuya observación y estudio empleó una vida menos útil para él que para sus explotadores, dejando una huella de honor y un perfume de virtud que completa su excepcional individualidad.

SUS OBRAS

No es posible detallarlas todas en el período artístico de 17 años que comprende la vida activa febril de Rosales, la incesante labor, tantas veces interrumpida por un poderoso enemigo, el padecimiento que fué minando su existencia. Ya se iniciaron los desfallecimientos á que le condenaba la lucha sin tregua del mal, en su primer cuadro el *Ángel Rafael y Tobias*, que al fin quedó sin terminar, no sólo por interrupciones debidas á su falta de salud, sino porque la tendencia y procedimiento manifestados en aquella obra, consecuentes con su primer manera de hacer, hubieron de persuadirle que no eran verdaderamente suyos, ni respondían á su aspiración de reflejar el arte tal como le veía en Italia y no le había visto en Madrid, por lo cual, desprendiéndose de sus ligaduras, cambió de estilo, adoptando el que más cuadraba á su genialidad, el que formó después su carácter: el estilo grandioso. Lienzos que espontáneamente concibió, empleó en ellos tiempo doble ó triple que el que le hubieran costado en condiciones de poder trabajar. En su *muerte de Lucrecia* invirtió cinco años de mortales angustias, y al exponerle declaró que le faltaba que hacer en él. Parecíale que el fondo se le venía encima: se proponía alejarle para que destacaran más las figuras: apurar la ejecución. Algún trabajo importante y otros secundarios no figuran en los catálogos publicados hasta el día. En los primeros

años de su estancia en Roma, pintó para muchos particulares, nacionales y extranjeros; varias de estas obrillas salieron para América sin dejar huella de su índole y calidad. Copias relativamente importantes, ligeros estudios, tablas, dibujos y retratos, hay muchos de que no se ha vuelto á tener noticia; entre éstos los que hizo en sus convalecencias del hospital de Montserrat, los que dejaba al paso en sus viajes, en sus obligadas y repetidas visitas á Panticosa. Aunque seguramente incompleta, haré relación de las obras de Rosales, incluyendo algunas poco conocidas:

HISTÓRICAS Y LEGENDARIAS

Figura de *D. García Aznar, V Conde de Aragón*, para el Museo del Prado. — 1856.

Doña Isabel la Católica dictando su testamento. — 1864.

Doña Blanca de Navarra. — 1869.

D. Juan de Austria presentado al Emperador Carlos V en Yuste. — 1870.

Muerte de Lucrecia. — 1871.

Hamlet y Ofelia. — 1871.

MÍSTICAS

El ángel Rafael y Tobias. — 1858.

Santa Catalina de Siena (copia).

San José, para la iglesia de Vergara.

Evangelistas San Juan y San Mateo. — 1873.

La Virgen de la Fuensanta, dibujo.

COSTUMBRES

Nena. — 1862.

Ángelo. — 1863.

Aldeanos de las cercanías de Roma. — 1868. — Premio de la Exposición aragonesa.

Venta de novillos. — 1872.

Naranjero murciano. — 1873.

Campesinas napolitanas.

Los primeros pasos.

Estudio de pintor.

PINTURA DECORATIVA

Medallones del baile y la música, en un salón del palacio del duque de Bailén.

DESNUDO

La salida del baño, estudio.

RETRATOS

D. Blas Martínez Pedrosa. — 1856.

Doña María Antonia Martínez Pedrosa. — 1866.

Hijos de la Sra. Condesa de Viamanuel.

Señores de Olea y su hija Pepita, de maja.

Señorita Doña Concepción Serrano.

D. Antonio Ríos Rosas.

D. Cándido Nocedal.

D. Manuel Cortina.

Sr. Duque de Bailén.

Sr. Duque de Fernán Núñez.

Busto de la Sra. de Argudín (América).

Esbozo del también malogrado y laureado pintor

D. Ignacio Suárez Llanos.

Sin contar, bocetos: *cabeza de mujer*; *Visita del Emperador Carlos V á Francisco I*; primer pensamiento del cuadro *El testamento*, ejecutados en Roma en 1863. *Estudio de la sala de Constantino*, en el Vaticano; otro de las salas del *palacio Alfieri*; varios del *Escorial*; *Eva*, copiada del *Razzi*; *Cabeza de Ciociara*, para el escultor Piquer; el *Bobo de Panticosa*, acuarela, para D. Luis Navarro, y un sinnúmero de estudios, dibujos y acuarelas de más ó menos interés, que andan en manos de negociantes, anticuarios ó particulares.

Admirado Rosales en Madrid, como en Roma, en París, Dublín y otras capitales, en los principales centros del mundo artístico, ¡cuánto no se habrá es-

crito de sus obras! Desde Jules Janin, que le calificó de gran maestro del romanticismo pictórico; de Theofilo Gautier, su grande apologista; de la *Nazione* de Ancona, que en 1867 le reconocía digno émulo de Ussi, el autor de la *Expulsión del Duque de Atenas*, de quien los franceses decían, al verle favorecido con el gran premio de honor, que no habían encontrado en aquella obra originalidad ni tendencia alguna personal; desde *La Ilustración de Londres* que celebraba su desconocido vigor, hasta la más insignificante revista crítica de nuestro país; desde Ernesto Chesneau en su libro *Las naciones rivales ante el arte* hasta el último censor, todos, por serios que hayan sido sus alardes de independencia en el juicio, no han dejado de reconocer en nuestro Rosales un artista excepcional, así en la concepción como en el procedimiento.

Veamos ahora algunos autorizados juicios sobre sus culminantes lienzos:

NENA

La *Nena*, niña en actitud de reposo, que tiene al lado un gato, era hija de un remendón de Roma, y fué el primer modelo vivo de que para reproducir el natural se valió Rosales. Al remitirme el cuadro para la Exposición oficial de 1862 me escribía:

«La figurita, como verás, es un mero estudio, y mi objeto al presentarla es ver si puedo venderla, pues por lo demás no es cosa de que espere mucha honra, ni creo que se ocupen de ella. Está hecha á ratos perdidos y en pocos días. Ese diablejo me ha costado un dineral en bollos y rosquillas, con el fin de entretenerla, y aunque la compraba los más duros para que duraran más, apenas los cogía en sus manos desaparecían por entre sus agudos dientes, sin poder conseguir que se estuviera quieta. Al principio lloraba, no tenía confianza, pero en cuanto la tomé, no hacía más que danzar por el estudio, revolviéndome todo y tirarme los lienzos por el suelo. La interesante chiquilla me costó más cuidados que ella vale.»

Premiada esta obra por el Jurado, la crítica dijo que era un estudio del natural, correcto en el dibujo, bien apuntada la figura, perteneciendo por su colorido á la escuela española. La opinión unánime creía ver en ella las primicias de un genio. Por mediación del célebre crítico, D. Manuel Cañete, la adquirió la Condesa de Velle, de feliz memoria, encargando al novel artista un *pendant*, que ejecutó pintando el niño calabrés llamado *Angelo*, hermano de aquella *Pascuccia* con que por entonces llamó tanto la atención Palmaroli. *Angelo* es digno hermano de la *Nena*.

La *ragazzina* de los ojos azules y el mizifuz, forma la primera página de esa historia de héroe y mártir que con sus hechos escribió Rosales: ella fué la primera sonrisa que le deparó la suerte; la llave de su porvenir; el primer paso que había de conducirle á la inmortalidad.

«Comprendo — me decía al conocer el buen éxito de la *Nena* — que los elogios que mi trabajito te han merecido son hijos de tu buena voluntad y del deseo de darme confianza en mis fuerzas; pero á través de tus cariñosos golpecitos de incensario trasluzco una cosa, y es que, por lo menos, no he hecho un papel ridículo y que puedo esperar ser bueno para algo. Esto me basta; es para mí la más lisonjera satisfacción: del resto yo respondo si no me abandonan las fuerzas. El que la vista de mi primer cuadro, te traiga á la memoria el recuerdo de mi querida madre bastaría á recompensarme de cuanto trabajo hubiera empleado en él. Esta parte de tu carta me causó una impresión que no podría explicarte: no sé cómo agradecerte el sentimiento que te la dictó, ni tus buenos consejos de que espero aprovecharme.»

Viñas y Deza, crítico no de los más benévolos

para Rosales, dijo de la *Nena*: que era «el primer reflejo del astro que empezaba á despuntar en el horizonte del arte patrio; la revelación espontánea y poderosa de un nuevo genio destinado á continuar las tradiciones de los Velázquez, los Rivera y los Goya.»

TESTAMENTO

De *El Testamento de Isabel la Católica*, premiado en Francia en grado superior á España, admirado en las naciones en que se ha dado á conocer, y unánimemente apreciado en el mundo del arte, he de copiar lo que con tan bella expresión dice el autorizado crítico catalán D. Cayetano Vidal de Valenciano:

«Contemplando esta bellísima creación de Rosales en el original, siempre que para ello se nos ha ofrecido coyuntura favorable; en grabados ó fotografías cuando se nos han venido á la mano, nos hemos preguntado repetidas veces de qué nacía el encanto y fruición que en nuestro ánimo producía, conviniendo al cabo en que era resultado exclusivo de las especiales condiciones de tan acabada obra de arte.

«Especiales condiciones, decimos, porque la verdad es que no puede exigirse mayor sencillez en el conjunto y en cada una de sus partes: nada huelga en el cuadro, ni nada falta en él: ni un detalle innecesario; ni un aditamento que pueda distraer la atención del asunto principal.

«La reina sepultada en el lecho de muerte, tranquila, serena, no obstante los dolores físicos que la agobian, y las amarguras morales que desgarran su corazón, dicta su última voluntad resignada á dejar este mundo, sobre el cual sembrara los beneficios á manos llenas, y dispuesta á comparecer á la presencia de Aquél que podía premiar sus virtudes cristianas. Sentado á su cabecera, triste, abatido, apesadumbrado, el noble rey de Aragón; el que con ella había compartido las glorias todas de su reinado, entre las cuales las había de tal magnitud y grandeza que bastaran por sí solas para dar lustre y esplendor á un dilatado período histórico. A espaldas del soberano.... mas ¿á qué detenernos en la descripción de un cuadro que no hay quien no conozca, y que no conociéndolo, no hay quien no lo alabe, porque en todos produce idéntica impresión?»

«Y ¿proviene esta impresión de la maestría con que, bajo el punto de vista del arte, está ejecutado? En nuestro humilde concepto no bastarían todas las prendas que en tal sentido lo avaloran, si no reuniera además el sello de la *realidad*, hasta tal punto que no parece sino que su autor asistió, como testigo de vista, al suceso que por medio del pincel ha transmitido á la posteridad.

«Para los que están medianamente versados en los estudios de nuestra historia, la reina es aquella Isabel grande, magnánima, que con su presencia volvía el ardimiento á los soldados en los campos de batalla, y atendía á los menesterosos, y protegía á los débiles contra las demasías de los magnates, y se encerraba en los monasterios para enseñar con el ejemplo la manera como debían conducirse las esposas del Señor, y cuidaba personalmente de la educación de sus amados hijos mostrando por tal manera, que en adelante debían hacerse grandes los individuos de la nobleza en otros palenques que en los de las armas. El rey de Aragón es aquel Fernando constante en la lucha; prudente en el consejo; sagaz en las contiendas diplomáticas; reservado en sus planes; perseverante en sus empresas; desconfiado, como quien á fondo conocía los hombres y las gentes que le rodeaban; amante de la esposa cuyas altas prendas era el primero en reconocer, por lo mismo que sus almas se habían fundido en una sola aspiración: la unidad religiosa, política y social de la península española.

«Y lo que decimos de las figuras de Fernando é Isabel, podríamos decir de las demás que asisten al tránsito de la augusta reina de Castilla.

«Contemplando ese cuadro inspiradísimo, nos parece estar oyendo á la reina Católica, cuando, después de haber dictado las disposiciones que en su elevado juicio más poderosamente debían influir en que no resultaran estériles los sacrificios hechos y las conquistas alcanzadas durante aquel reinado de treinta años; para dar ejemplo de virtud purísima, de piedad acendrada, de humildad verdaderamente cristiana, previene que su cuerpo sea enterrado en el convento de San Francisco de Granada, no vestida como reina, sino con hábito franciscano; no en panteón suntuoso, sino en sepultura baja, cubierta con losa llana y sencilla.

«Cuando al recordar la estimación profunda que había profesado al padre de sus hijos; al elegido de su corazón, desde el día en que le vió por vez primera en Valladolid, hacía treinta y cinco años, hallándose ella en lo mejor de su juventud, y siendo él un mancebo, joven, apuesto, experimentado así en las artes de la paz como en los ejercicios de la guerra, añadía como enamorada y reverente esposa, amor y reverencia que no empecía en ella la dignidad de reina. «Pero quiero é mando que si el Rey mi Señor eligiere sepultura en otra cualquier iglesia ó monasterio de cualquier otra parte ó lugar destos mis reinos, que mi cuerpo sea allí trasladado, é sepultado con el cuerpo de Su Señoría, por que el ayuntamiento que tovimos viviendo, é que nuestras ánimas espero en la misericordia de Dios ternán en el cielo, lo tengan y representen nuestros cuerpos en el suelo.»

«Sí, el encanto, la dulce fruición, la delectación purísima que experimentamos ante el cuadro de Rosales provienen de la *realidad humana*; de la *verdad artística* con que está reproducida en el lienzo esa escena solemne cuya contemplación nos transporta á los tiempos y á los lugares en que aconteció.

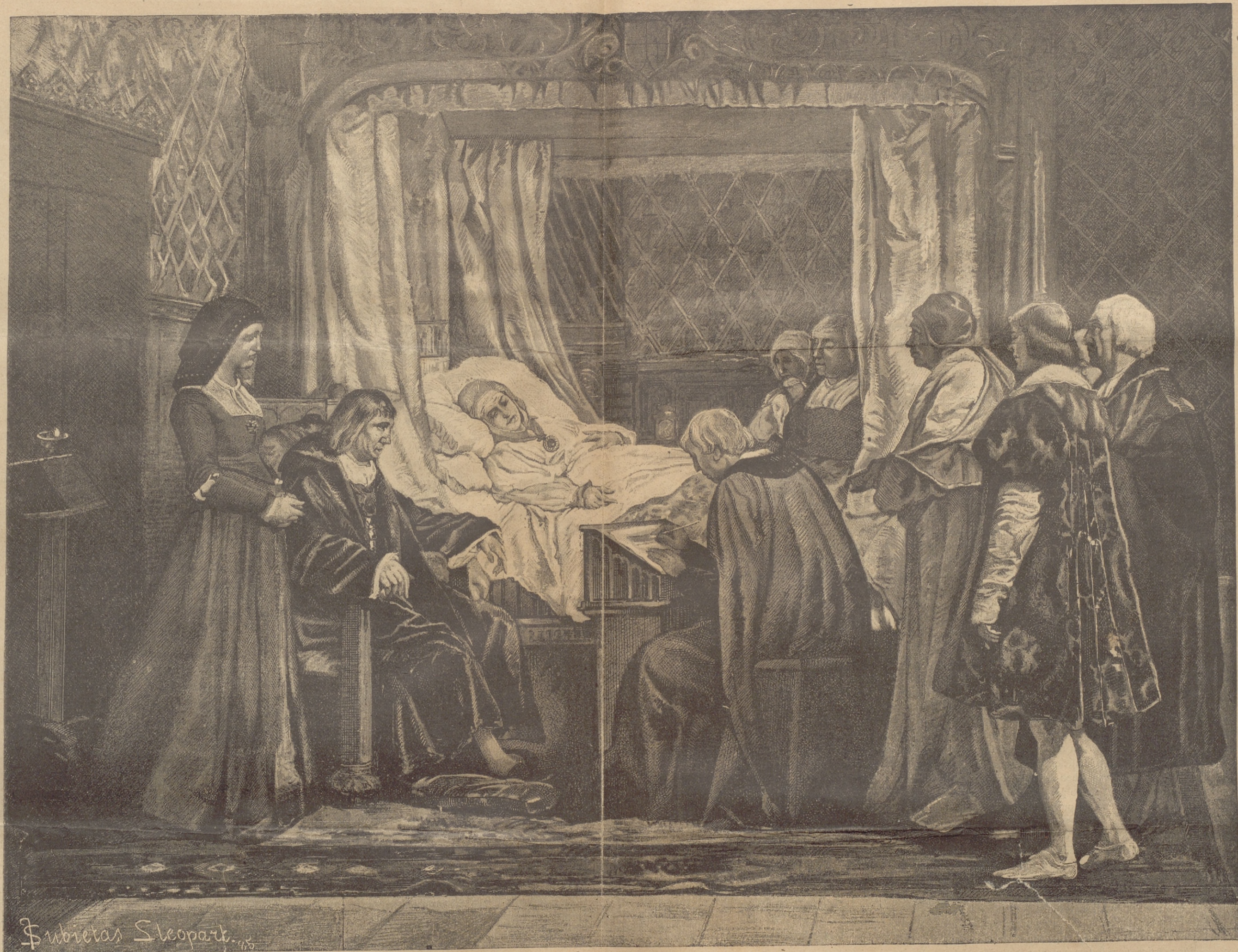
«Cuando nada más hubiese pintado, bastaría el cuadro del *Testamento de Isabel la Católica* para inmortalizar el nombre de Rosales.»

LUCRECIA

Por desapasionado, completo y veraz, en mi propósito de condensar opiniones ajenas respecto á los cuadros de Rosales, incluyo aquí el juicio sobre la *Muerte de Lucrecia*, escrito en 1877 por D. José Martí Folguera, que, á sus lauros de poeta, une percepción del arte y criterio bastante exacto para penetrar en él. Así decía después de haber visitado la Exposición nacional de 1871:

«Aun recuerdo la gran impresión que experimenté ante el cuadro *La muerte de Lucrecia*; no la olvidaré jamás, me parece que todavía siento aquella profunda admiración y luego aquel torrente de entusiasmo, que me dominaron por completo. Yo no conocía á Rosales más que de nombre, entonces le admiré por primera vez; antes, por los periódicos y por conversaciones con artistas, sabía que Rosales era uno de nuestros primeros pintores, pero la casualidad hizo que ni siquiera por fotografías, conociese las obras del eminente maestro.

«Al entrar en el Palacio de la Exposición recorrí la primera sala, deteniéndome ante algún cuadro muy bello, especialmente ante *Los trabajadores en el campo romano*, cuadro pintado por Tusquets, pero no sentí la impresión inexplicable que se siente ante las obras del genio, no quedé como deslumbrado, sin espacio en el entendimiento para la crítica y ocupado todo por la admiración. Cuando sentí tal impresión, cuando quedé inmóvil, fué al entrar en la segunda sala. *La muerte de Lucrecia*, desde lugar elevado, atraía todas mis miradas, atraía las de to-



ISABEL LA CATÓLICA DICTANDO SU TESTAMENTO, CUADRO DE ROSALES.

das las personas que entraban en la sala. Parecía que en el cuadro había imán; no quedaban miradas para los otros cuadros de la misma sala, sino cuando aquellas estaban saturadas de la imagen del gran cuadro. Amigos y detractores de Rosales se detenían allí forzosamente, y como guiados por un impulso fatal miraban el lienzo. Era inútil que las palabras demostrasen el sentimiento, éste se leía claramente en todos los ojos. Frases de entusiasmo resonaban en todas partes y nadie se atrevía, es decir, nadie se acordaba de las censuras. Era que el cuadro deslumbraba, que el genio con su voz sin sonido, pero más poderosa que todos los sonidos del mundo, decía: «Aquí estoy.»

»Después, sí, después, cuando la crítica pudo rehacerse, cuando la envidia y la mala fe pudieron levantarse, cuando hubo pasado la primera fascinación, el cuadro fué censurado, fué discutido, fué estudiado; se encontraron en él imperfecciones, el brazo de Lucrecia debía haber sido más corto y más delgado; ciertos perfiles más dibujados, tal ó cual color más armonizado con tal ó cual otro, el fondo más determinado, etc., etc.; pero, á pesar de todo, ¿decaía el cuadro? ¿debía decaer? No, el genio estaba allí; tal vez el artista no había pulido suficientemente la obra del genio, pero no hay duda que éste había producido la obra. Además, aunque en ciertas censuras tuviesen razón los críticos, en otras se transparentaba la terrible manía humana de encontrar defectos en la belleza. Hubo hasta encarnizamiento, y ¡ay! casi siempre sucede así, antes de que la fama selle alguna obra, la crítica agota el ingenio para derribarla y oscurecerla. Hay un empeño fatal en verlo todo defectuoso; estamos tan acostumbrados á lo pequeño, que cuando nos encontramos por casualidad delante de lo grande, lo negamos y lo despreciamos. Y esta manía, este empeño, crecen de súbito cuando se trata de un genio innovador, de alguien que obra alguna revolución en el arte ó en la ciencia. Cuesta mucho á la generalidad desprenderse de las tradiciones y de la rutina para entrar en nuevos horizontes; es más fácil comprender lo aprendido que comprender lo que sorprende. Por esto Rosales, como uno de los más grandes revolucionarios en el arte, tuvo tantos detractores y tantos enemigos; por esto se le ha atacado tanto y se le han disparado todos los tiros. Por una parte la vieja escuela, que veía romper sus procedimientos; por otra parte el público ignorante, que se encontraba delante de algo desconocido; por fin, la maldad, que se aprovecha de todo, contribuyeron á que Rosales no brillase de pronto tanto como merecía brillar. Sí, Rosales llevó la revolución al arte pictórico en España; como Byron la llevó á la literatura, y como Chopin la llevó á la música.

.....
 »¿Es en realidad preferible *La muerte de Lucrecia* á *El Testamento de Isabel la Católica*? Mucho hay que hablar sobre esto, y aun después de todas las consideraciones posibles, quedaría la duda respecto á la elección. En lo que no cabe duda es en que los dos cuadros citados son las obras capitales del pintor, dos grandes obras maestras del arte pictórico español, dos excelentísimas joyas de la escuela realista. *La muerte de Lucrecia* vale más como pensamiento; *El Testamento* vale más como ejecución; en aquél hay más estudio, más virilidad, más concentración; en éste hay tal vez más inspiración, más espontaneidad: allí el genio está sujeto al artista y aquí el artista está sujeto al genio; aquél entusiasmo, éste conmueve. *El Testamento de Isabel la Católica* impone silencio, es imposible hablar alto, hablar siquiera ante aquella escena tristísima y solemne; sí, los espectadores han de estar necesaria é inadvertidamente silenciosos y recogidos como los personajes del cuadro; allí no habla más que la reina, se percibe su voz débil y entrecortada, y le

sigue además el ligero ruido de la pluma con que escribe el amanuense, se siente un soplo de muerte vagar por el lienzo. Tal es el efecto que en mí produjo el cuadro. En cuanto á *La muerte de Lucrecia*, lo repito, me dejó inmóvil y como deslumbrado. Aquella mujer sostenida por Lucrecio y Colatino, aquellas carnes lívidas, aquella pesadez del cuerpo inerte, aquel brazo tan censurable pero tan bello, aquel asombro en el semblante del anciano, aquella cólera en el del esposo, aquella energía en la expresión de Bruto, aquel puñal levantado, aquel ropaje verde, el lechó en el fondo, la sangre cuajada, la animación del conjunto, y el ídolo presidiendo impasible sobre un pedestal.... todo, en fin, revela la más alta concepción artística, el más profundo talento, el gusto más exquisito, la inspiración más robusta. ¿Quién piensa en criticar pequeños detalles ante tan gran conjunto? ¿Quién se fija en insignificante piedra en un paisaje espléndido y magnífico? Lo confieso, me encuentro perplejo entre *El Testamento de Isabel la Católica* y *La muerte de Lucrecia*; cuando me inclino hacia el uno me seduce el otro, cuando opto por éste, me fascina aquél.»

DOÑA BLANCA. CARLOS V. HAMLET

La distancia que me separa en puntos de doctrina, escuela y tendencias de D. Jacinto Octavio Picón, no me impiden reconocer sus altas dotes é ilustración para la crítica de artes. Véase lo que en 1873 escribía al juzgar los cuadros de Rosales, *Doña Blanca de Navarra*, *Don Juan de Austria presentado al Emperador Carlos V en Yuste* y *Hamlet* y *Ofelia*:

.....
 «En *Doña Blanca de Navarra*, encerrada la desdichada princesa entre el apiñado tropel de damas y guerreros, de dueñas y guardianes, entre la luz quebrada por un fondo de piedra que ha ennegrecido el tiempo, entre aquellas telas tan maravillosamente plegadas, y aquellas posturas tan valerosamente dibujadas, sólo se ve, á mi humilde juicio, más bien un serio pasatiempo del talento de su autor, que un cuadro detenidamente concebido y pensado. La fuerza del colorido descuella como belleza principal, y en éste, como en todos los lienzos del ilustre Rosales, están vencidas las dificultades y olvidadas las minuciosidades del detalle, muchas veces, por lo rebuscadas, enojosas.

»Más concluido el *Carlos I en Yuste*, presenta en sus fisonomías las múltiples impresiones de los espectadores y actores de aquella misteriosa, aunque pública escena de familia, preparada ante cortesanos, aún guerreros, por un emperador jubilado por los años y un supuesto paje vencedor más tarde del poder otomano. El interés de un padre, que antes que padre es monarca; la satisfacción de un paje ante un emperador; la maliciosa mirada del cortesano y el elocuente cuchicheo del fraile, el halago del perro favorito, olvidado por un momento; todo esto, envuelto por una luz purísima, destacado en un fondo de que las figuras se separan por aire respirable, dan á este cuadro un conjunto original y sencillo, tanto como verdadero y natural, que completan muebles y tapices, armas y ropajes, añadiendo á la escena el carácter de verdadero cuadro de época.

»Pero si en ambos lienzos pudo Rosales idealizar momentos históricos de la vida de un pueblo, para dejar correr todo el raudal copiosísimo de su inspiración artística, para lograr aumentar los latidos del corazón con la contemplación de un sentimiento arrebatador y grandioso, fué á beber en las escenas del *Hamlet* las dulcísimas palabras de la infeliz *Ofelia* y las razonadas locuras del vengativo príncipe. Sólo entonces pensó trasladar de su fantasía al lienzo, el armonioso enlace de dos figuras que no sufren crítica en su dibujo, porque al trazarlas tiembla el pincel, agitado por la inspiración como las

palabras por el viento al llegar de los labios al oído.

»No analicéis el amante nudo en su quizá incorrecto dibujo, ni la atrevida postura en su arriesgada colocación, ni el impensado movimiento del amoroso traspies, porque aquellas figuras son para sentidas y no para estudiadas, como el corazón para comprendido y no para fría y anatómicamente analizado. Aquella mirada en que se confunden el odio y el amor, la opresión febril de un loco por la venganza de un demente por el amor, sólo pueden compararse con el dulcísimo dolor de *Ofelia*, hermosura pálidamente británica, adivinada á través de una mano impregnada por la luz de unos ojos arrebatadoramente purísimos.

»El grupo delicado y natural ocupa el centro de una sala con ancho balcón, orlado de una planta trepadora, y cuyo frente recuerda el estudio de Rosales; la atmósfera deja el fondo á debida distancia, y dos almohadones, cuyo llamativo color debía atraer al primer término, pero cuya hábil entonación mantiene á la debida distancia, constituyen un precioso detalle. Dan á aquel doble idilio de amor y poesía, cierto oscuro tinte las dos severas y dramáticas figuras, que envueltas entre los anchos ropones oyen con toda la ansiedad del crimen, naturalmente doblegada una por sostener el pesado cortinaje, ávida la otra de acortar la distancia que la separa de Hamlet.

»Podrá objetarse que los trajes no son de perfecta verdad histórica, sobre todo el del príncipe, vestido á la elegante usanza del siglo XVI; pero algo debe concederse á un cuadro no histórico, donde al artista es permitido, sin piés forzados en que encerrar sus pensamientos, alzarse y volar por los ámbitos de lo ideal, sin perder por eso de vista la realidad, ni olvidar que poetizar lo verdadero es la misión del arte y del artista. Sentimiento, armonía en la composición, luz, aire, fondo, y sobre todo fuerza y valentía en el colorido, hacen en el *Hamlet* olvidar alguna incorrección en el dibujo y algún anacronismo en las ropas. Innumerables bellezas de detalle compensan también aquellos leves defectos, como el cariñoso empeño con que el mastín, en admirable escorzo colocado, quiere participar de los sentimientos; y la aterciopelada gorra, arrojada al suelo, en cuyo rico fondo de azulado raso se descompone la luz entre los quebrados pliegues que al tirarla, recibió del violento brazo de su dueño.

»Al alejarse de este cuadro, al cerrar los ojos, conservando aún en la retina el recuerdo de su magia, la memoria va á buscar en el tremendo drama de Shakspeare la situación sublime en que *Hamlet*, entre enamorado y loco, que viene á ser la misma cosa, hace asomar con sus palabras á los ojos de *Ofelia* una lágrima, no opaca como la perla, sino pura y diáfana como la gota de agua desprendida de un rayo de luz.

»Era menester todo el genio de Rosales para implantar en un lienzo el sueño del coloso inglés, como fué necesario el pincel de Velázquez para imprimir en *Las Lanzas*, en vencedores y vencidos, toda la expresión que al rostro del guerrero da la derrota ó la victoria; como sólo el atrevimiento de Goya pudo recordarnos, envueltos entre charcos de sangre, á la lúgubre y amarillenta luz de un mugriento farol, los fusilamientos de Murat.»

LOS EVANGELISTAS

La imaginación arrebatada y soñadora del joven pintor valenciano D. Nicasio Serret Comín, perdido para los triunfos del arte cuando empezaba á dar muestras de su valer, cuando brillantemente había templado sus armas en la lucha del trabajo y del porvenir, transmitió sus impresiones, ante la magnitud de los *Evangelistas San Juan y San Mateo*, describiéndolos en el *Boletín-Revista del Ateneo de Valencia*, á 15 de Enero de 1875, con la fuerza de

color y el entusiasmo que resaltan en los párrafos siguientes:

»La majestad con que el artista ha sellado sus producciones; el profundo recogimiento de *San Mateo*, el dulce éxtasis del *San Juan*; la ternura religiosa de ambos; el tono melancólico que los domina y el aspecto severo de sus paños admirablemente plegados, indican que han sido trasladados al lienzo después de concienzudos estudios; pues Rosales, teniendo en cuenta las dificultades que presentan obras de un tamaño mucho mayor que el natural, no se contentó con hacer simples bocetos de composición y ligeras manchas de color, sino que, ya pensadas, dibujó perfectamente y por separado las figuras, estudiando el modelo; de la misma manera que pintó las cabezas de los santos y de sus ángeles.

»Los dos cuadros de los *Evangelistas* gozan de fuerza tal de entonación, poseen un modelado tan vigoroso, un dibujo tan firme y una situación tan acertada del claro-oscuro, que más bien que lienzos pintados parecen bajo-relieves, sólo comparables con los que produjo el atlético cincel de Miguel Ángel y semejantes por su gigantesca talla, á dos grandes olas de la imaginación ferviente del artista, nacidas á la potente voz de su genio. En ellos no se ven reminiscencias clásicas; no aparecen las rémoras del arte con sus inevitables formas, ni los recuerdos de la escuela académica reinante en el siglo pasado con sus remedos arqueológicos; pero al admirar aquellas dos figuras aisladas y solas en medio de una esplendorosa aurora; al contemplar la dulzura que vaga en sus labios, la inspiración que brilla en su frente, el cielo que se retrata en sus ojos y la maestría portentosa con que están ejecutadas, la mente y el espíritu se llena de indefinible entusiasmo y dominados por la severidad de sus viriles formas, absortos por la armonía de sus colosales proporciones y atraídos por la hermosura de su aspecto, nuestra imaginación se lanza á los espacios, y cerniéndose un momento sobre la gigantesca cúpula de la Capilla Sixtina, desciende á contemplar el techo que concibió el titánico genio de Florencia y que con mano de hierro trazó sobre la desnuda bóveda, para buscar la semejanza de los extraordinarios talentos que crearon el gran fresco de *El Juicio Universal*, que parece pintado en medio de estremecimientos de dolor, y el sentido lienzo de *La muerte de Lucrecia*, que parece pintado en medio del sentimiento más profundo del alma.

»Rosales ha conseguido con sus grandes estudios, y merced á la intuición estética que poseía, penetrar los insondables misterios del arte, llegar, traspasando las tranquilas y luminosas regiones de la filosofía, al sagrado recinto donde se ocultan los fecundos manantiales de belleza, y salir de aquel foco de luz para arrancar el sentimiento al espíritu y la verdad á la natura, con exacto conocimiento de lo realmente bello, y llevando en su imaginación las ideas que sobre sus principios fundamentales han expuesto Baugarten (fundador de la Estética), Winkelmann, Kant, Hegel, Víctor Cousin y Charles Lévêque. El fuego de su mente creadora ha salvado el escollo de la composición en cuadros de una sola figura, mostrando que posee gran facilidad y delicadeza para disponer las líneas totales, que sabe trazarlas con firmeza, y que en su correcto dibujo trasciende el estudio de la anatomía en todas sus partes; pero todas estas excelentes condiciones del pintor, más la fácil inteligencia, la originalidad del genio, la independencia de carácter y el brillo de la rápida concepción del artista que ha tenido por principal maestró á la madre naturaleza, se ven llevadas al más alto grado de perfeccionamiento en el cuadro que representa el *Evangelista San Juan*, que sentado sobre imperceptible nube, lleno de apacible unción y dominado por una dulzura infinita,

parece recibir del cielo en sublimes cánticos las ideas que va á trasladar á su libro inmortal, al Apocalipsis, declarando la eternidad y divinidad de Cristo.

»Para comprender el mérito de esta obra maestra del arte, el espíritu debe elevarse á la esfera de las bellezas incorpóreas é imaginar una naturaleza celeste, por más que á simple vista de tan sentida figura, se admire la expresión que supo darle el autor, para que expresase la misión que recibió del hombre Dios, sin necesidad de despojarla del carácter humano, lo cual prueba que Rosales, en su clara imaginación y sentimiento de lo real, veía los asuntos revelando el espíritu pensador, que sólo se inspiraba en el amor ardiente y puro de lo bello.

»En suma: la mente que creó los *Evangelistas* no debió apartarse un momento de la sublime trinidad de Dios, el espíritu y la naturaleza, pues de otro modo no fuera posible que esa reunión de bellezas que todos admiramos, hablasen al alma con lenguaje tan elevado y profundo.»

Resumiendo estos juicios espigados en el campo de la crítica, unánime en reconocer las ingénitas facultades y el provecho que de su observación y estudio sacó Rosales, he de completarlas con el que de nuestro artista emite la moderna y erudita *Enciclopedia popular ilustrada de ciencias y artes* en su notable capítulo, referente á la pintura. Después de señalar el desenvolvimiento de este arte en nuestro país desde la Exposición de 1858 y de citar los lienzos que más le determinaron, dice:

«Toda esta corriente la recoge del modo más perfecto Rosales, cerrando una fase especial de la pintura y abriendo otra nueva. De aquí su gran fama. En el *Testamento de Isabel la Católica* sintetiza Rosales todo lo antiguo; en la *muerte de Lucrecia* indica algo nuevo que la muerte no le permitió continuar. Este algo nuevo es el vigor, la energía, el aliento, la potencia, la sobriedad, lo varonil, en una palabra, tanto en la concepción como en la técnica, que apenas ha habido nadie que haya recogido hasta el presente.»

Y más adelante:

«Algunos pintores han mantenido, sin embargo, la tradición de Rosales, y la última Exposición ha confirmado que hay un cambio de ideas en este sentido. Casi todos los artistas aspiran ahora á las grandes representaciones históricas, notándose una inmensa distancia entre tal deseo y esfuerzo por pensar un asunto de grandeza ideal, crear personajes, situaciones, momentos dramáticos, y la realización de la obra, que no por la técnica, sino por la idea, resulta muy inferior á lo que debe esperarse, acusando esto el grave defecto de que adolece la educación de nuestros días, la falta de sentido ideal en todas las esferas. Sin una educación seria y profunda no puede haber altas creaciones, y los grandes asuntos quedarán lejos, á pesar de todos los buenos deseos del artista.»

Esto se escribía en 1885 ante el cansancio de ver convertido el arte en almacén de modas, ó en muestrario de asuntos de bodas y baratijas, de bautizos y cachivaches, de tertulias de casacones, chulas y toreros. La herencia de Rosales la recogieron á su vez, nombres que ocupan hoy primer término en la esfera del arte. Ahí están Ferrant, que desde su *entierro de San Sebastián* á sus *Reyes y Sibilas* del templo de San Francisco, dió un paso de gigante; Domínguez, que rebasó la talla de su *muerte de Séneca*, con los grandiosos *Santos Padres* de la cúpula del mismo templo; Muñoz Degreain haciendo cada vez más corpóreas sus figuras; Martínez Cubells, manteniendo noblemente los triunfos de la escuela madrileña y viendo en grande, y en grande vieron cómo el creador de los *Evangelistas*, Sala, Plasencia y Luna, y Novicio, nombres todos conspícuos, los cuales no desdeñaran ese abolengo

que desde Velázquez salta á Goya, y desde Goya, por línea recta, á Rosales.

En la Exposición de 1887, más que en otra alguna, se determinó la tendencia al arte robusto, á la amplia concepción y á las severas líneas. Fueron censurados algunos cuadros por su magnitud, aunque de ella tal vez salieran rasgos y trazas que confirman la idea de que no es cuerdo poner traba á los vuelos é inspiraciones del arte. A ejemplo de los célebres pintores citados, ¿cuántos no mantienen ó siguen sus huellas? Casanova y Estorach, Agrasot, Ramírez, Alcazar Tejedor, Silvio Fernández, el malogrado Montero Calvo, Cordero, y esa juventud en que militan Sorolla, Checa, Garnelo, los hermanos Dumont, Simonet y otros, cuya lista sería interminable, todos contribuyen á hacer imperecedera la obra de nuestro grande artista, todos conservan religiosamente el depósito que les confió Rosales.

Terminan aquí los apuntes sobre la existencia de aquel sér para mí tan querido y siempre llorado. La biografía de Rosales no está hecha. Bastaría para representar en todo su relieve su figura, dejar hablar al que, á la vez de gran intérprete de la verdad y de la naturaleza, era filósofo espiritualista y aménísimo escritor. De carácter reconcentrado, hablaba poco; pero sus carteras rebosan en expansiones y memorias de su vida. La colección de sus cartas, cubiertas de estrechos renglones y de menudas letras, forman mosaico en que brillan los granos de oro. Seis años há empecé á escribir el libro de sus *Memorias íntimas*, ¿cuándo le acabaré? En la Providencia espero que, haciendo menos trabajosa que al presente mi vida, lograré tiempo tranquilo para satisfacer mi deuda con la hija de Rosales, á quien amo como á mis hijos.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

13 de Septiembre de 1888.

Á LA MEMORIA

DE MI QUERIDO Y MALOGRADO AMIGO

EDUARDO ROSALES

Pasan de la hermosura los encantos,
los sueños de ambición;
pasa la vida en rápida carrera.....
pero tu gloria no!

Hazañas, ilusiones, vanidades,
poder, fortuna, amor,
todo caerá en la noche del olvido.....
pero tu nombre no!

MANUEL DEL PALACIO.

CORONA DE PENSAMIENTOS

EN MEMORIA DEL ARTISTA

EDUARDO ROSALES



MADRE MÍO: No he tenido la dicha de conocerte, pues apenas nacida te alejaste de mí, dejando una huella luminosa que alumbraba mis sueños de huérfana y mis esperanzas de creyente.

Mi buena madre me ha enseñado á bendecir tu nombre. El mundo me consuela halagando mi oído con los acentos de la fama; esos acentos durarán más que mis lágrimas, más que una generación; ya los hace suyos la posteridad.

A los quince años se sabe poco de achaques del alma, pero en tu ausencia yo he aprendido á sentir la nostalgia del cielo donde estás.

Lo que no supe lograr, en tributo al arte, es trocar la vida que me diste por la tuya, para que hubieras podido completar tu obra.

Padre mío: yo, que amo tu recuerdo como se ama la fe que salva ó la gloria que redime, amo al pueblo catalán, el único que te ha labrado una estatua; el pueblo del trabajo, que te adopta como hijo.

Carlota Rosales.

Rosales, con la poderosa intuición de su genio, presenta la figura de Isabel la Católica en su lecho de muerte, dulce, resignada, persuadida de haber realizado la felicidad de la patria.

Como dibujante y compositor rivaliza con los primeros pintores del mundo, sobrepujándoles en vigor y en el relieve que supo dar á las figuras de sus hermosos cuadros.

Esto creo del gran pintor, y si entrando en materia, pasara á estudiar esas mil cualidades que forman la figura artística de Rosales, pudiera añadir que de tal modo se sacrificó al arte por el arte mismo, que nunca cultivó otros géneros que hubieran podido valerle una fortuna. Él era más grande que su generación y sólo representó en sus cuadros la figura sentida é histórica y no el objeto caprichoso y siempre mudo: él quiso pintar obras de arte y no cuadros de bisutería, y firme en su propósito, desafió, con la fe y constancia del verdadero talento, la vulgar corriente de los que ven el arte no con los ojos, sino con cristales de disminución: esclavos ó especuladores de la moda.

Rosales se alejó, como sucede siempre que lo grande tropieza con lo pequeño, de todo lo que era falso, mezquino ó amanerado: fundió su modo de sentir con su manera de pintar, y de esa unión, santificada por el genio, nacieron hijos melancólicos y conmovedores, como *El testamento de Isabel la Católica*; robustos y gigantescos, como *La muerte de Lucrecia*; grandiosos hasta lo sublime, como *Los Evangelistas Juan y Mateo*; poéticos, como *Ofelia*, y fiel recuerdo de la historia, como esa perla de inestimable valor, conocida con el nombre de *Presentación de D. Juan de Austria á Carlos V.*

Tal es lo que siento á propósito de Rosales y tal lo que digo en estas líneas, concebidas á la ligera y trazadas á vuela pluma, con la llaneza de aquel á quien se obliga á escribir lo que de otro modo podría tal vez pintar, que hombre soy de pinceles y sólo á favor de ellos me atrevo por obligación á presentarme.

Antonio Muñoz Degraín.

He oído decir á algunas personas que al cuadro del *Testamento de Isabel la Católica* le faltaba asunto. Se me figura que los que tal dicen entienden el asunto al modo que los pintores escenógrafos entienden la decoración: colocando y agrupando en primer término cuanto puede producir efecto, un hábil escamoteo pictórico.

El cuadro ante el cual me he parado muchas horas contemplándolo con mayor admiración cada vez, tiene el asunto dentro, por decirlo así. ¡El asunto! Está en aquel rostro de mujer, donde con la elocuencia muda de los momentos solemnes, habla la conciencia del deber cumplido, de la vida empleada con fruto en una obra santa de la resignación y del presentimiento del descanso próximo ya. El gran pintor que ha sabido comprender y expresar ese tipo de nuestra historia, será siempre uno de los artistas españoles que honran al mundo.

Emilia Pardo Bazán.

Enrojados de vergüenza los colores de mi paleta hasta el blanco de plata, tomo la pluma para cumplir el deber que la admiración hacia Rosales me impone. Si para conmemoración del gran pintor moderno se me hubiera pedido un cuadro, un dibujo, un apunte, habría aceptado el encargo con gusto, seguro de añadir á mis errores pictóricos uno más, sin invadir, por mi propia voluntad, ese sagrado recinto de las letras donde no debe entrar ningún profano sin ir armado de todas armas y apercibido á un mal encuentro.

Pues pintor soy y pintor he de ser, ya que no pueda hacer uso del pincel en este momento, describiré el asunto que hubiera elegido para mi cuadro:

Un país embellecido por cielo azul, diáfano é igual como hecho de una sola turquesa; el sol radiante, dorando los bosques y las praderas; el campo fértil y exuberante; las flores cayendo de unos árboles en otros; las laderas del valle y las colinas resplandecientes de vida y de luz, y como nota vigorosa, en su línea y color representando lo que fué aquel genio de la pintura; una encina de robusto tronco y magníficos brazos, dominando y avasallándolo todo. Las raíces entre las rocas del monte, las altas ramas tocando las nubes. Como Rosales: ¡el pie en la tierra, la frente en el cielo!

Manuel Domínguez.

Al convertir con tus líneas y colores pobre lienzo en riquísimo cuadro, recordaste á España que está por cumplir la voluntad de la gran Reina. ¡Plegue á Dios que al contemplarle nuestros hijos sientan el poderoso acicate del reproche y con aquel testamento por bandera, ahogando pasiones indignas, eleven nuestra patria al esplendor y grandeza que tuvo bajo el cetro de la egregia Isabel, cuyos últimos momentos te inspiraron el cuadro que será siempre impecadero de tu gloria!

María Mendoza de Vives.

De tal modo dominaba Rosales la factura ó manera de hacer, que desde el tiempo de Velázquez no creo haya habido pintor que pueda igualarle.

Desde el acabado, sin ser cansado, hasta lo que comúnmente se llama brochazo, poseía Rosales esa habilidad que solía engañar al vulgo, haciéndole ver en sus cuadros, que parecían sin acabar cuando realmente estaban bien concluidos.

Esa particularidad nacía, á mi ver, de la manera amplia con que trataba el artista sus asuntos, y buen ejemplo de ello es su cuadro *D. Juan de Austria*, que, aunque de cortas dimensiones, parece inmenso: tal es la grandeza que en él palpita.

Portento de factura es su *Testamento de Isabel la Católica*, como lo son todas sus obras; pero donde más sorprende es en *Lucrecia*: visto de cerca parece un asunto soñado; de lejos todo en él se completa: cada vez que se le mira descubre una nueva belleza y esa cualidad es sin disputa la manera de hacer. Rosales pintaba estrictamente lo necesario, atendía preferentemente á la totalidad, y acusando muy á la ligera los detalles, para que lo accesorio no absorbiera lo principal, como se advierte en muchos cuadros de escaso pensamiento, resultaba esa armonía en el conjunto, que es el encanto de sus obras, modelo del presente y admiración del porvenir.

Salvador Martínez Cubells.

A medida que su físico se debilitaba, sus pinceles cobraban vida; subiendo la cuesta del Calvario, se elevaba hacia el Tabor del arte.

Victoria Peña de Amer.

Rosales era cuando yo le conocí un joven delgado y pálido, de exquisita distinción en sus maneras, de elegante sencillez en su traje; que bajo los párpados entornados dejaba caer severamente una mirada melancólica y reflexiva. Poseía una caballerosidad exenta de petulancia y esas delicadezas del trato social que son la respiración de un ánimo generoso y que no se aprenden en los figurines ni en la gimnasia intelectual enojosa y frívola del gran mundo.

Su noble espíritu no podía engendrar esos feroces egoísmos que devoran el corazón de los artistas; era dulce en sus sentimientos, sobrio en sus palabras, feliz en su hogar. Los estudios históricos y literarios le habían hecho reconocer la supremacía del pensamiento sobre la forma. Madrid, donde naciera y se educara, le había dado su barniz cortesano, y Roma, donde vivía á los veinte años, la vida del genio y la miseria — que para él como para tantos artistas superiores fué una misma, bañó su espíritu en el Tíber, que arrastra tantos huesos ilustres y refleja tantas grandezas. — Era una alma antigua que vivía en el siglo XIX.

Rosales, á pesar de su gran talento — por su grande talento acaso — no es ni será nunca un pintor popular; como no lo es, ni puede serlo Velázquez, el pintor de la naturaleza; uno y otro son demasiado justos y verídicos para seducir al público; pues en pintura, como en amor, agrada menos la verdad que la mentira.

Además, quien no tiene educación artística mira los cuadros y no los ve: como se oye, sin comprenderla tal vez, la música de los grandes maestros. El vulgo, falto de ilustración, busca en la pintura el recreo de los ojos. Los colores brillantes y una ejecución en que el artista se ha muerto de viejo le fascinan. Entre Velázquez y Aparicio preferirá siempre al pintor *cursi* del hambre.

Rosales pintaba como concebía, en grande.

Dicen que la falta de vista no le permitía cultivar este género de pintura á la moda del día, que ha rebajado el óleo hasta la miniatura: esos cuadros, cuyo mérito ha de apreciarse con un cuentahilos, y que parecen hechos más para ser olidos que mirados.... No: su manera castiza y grandiosa de pintar era la expresión adecuada de su potencia y de su genio.

El día que estuve en el estudio de Rosales iba por ver el lienzo de *Lucrecia*, que no había concluido todavía. — ¡Quién sabe si podré concluirlo! (me dijo); porque el trabajar ¡me fatiga tanto! Después añadió: — El día que termine este cuadro diré: Poco importa que se seque el árbol, pues ha dado su mejor fruto.

Recuerdo que me dijo también: — ¡Es la única fortuna que dejaré á mi hija!

Porque Rosales había fijado su elección, escogiendo por la mejor de todas las obras de su genio *La Lucrecia*.

Este cuadro le empezó en Roma en 1866, y trataba entonces de acabarlo para la Exposición Nacional de pinturas de 1871, ya próxima. Era asunto de grandes controversias entre los aficionados, y no tanto entre los artistas. Se establecían comparaciones entre este lienzo y *El Testamento de Isabel la Católica*.

Hoy ya no se discute tanto. El tiempo no ha confirmado la opinión de Rosales. *El Testamento*, como obra del sentimiento, es superior á *Lucrecia*, obra de la ciencia.

Uno y otro cuadro completan, pues, la personalidad artística de Rosales.

Rosales no pintaba para sus contemporáneos. Se resignó á sufrir durante toda su vida el tormento más cruel para el alma de un artista: contemplar el extravío de la opinión que enriquecía á otros artis-

tas inferiores, pintaba para sí mismo, para el arte, para la posteridad...

Pintaba, en fin, para el Museo.

Isidoro Fernández Flores.

Contemplando la traza viril, la forma enérgica y el espíritu remontado al cielo del *San Juan Evangelista* de Rosales, comprendo hasta dónde puede llegar el genio inspirado por la fe.

Gonzalo del Río.

Si la humanidad, en vez de contar su vida por el rutinario espacio de los años, la contara por la excelencia de sus obras, Rosales podría contemplar satisfecho desde el cielo la espléndida vía láctea de artísticas estrellas que ha producido su paso por la tierra.

Dolores Moncerdá de Maciá.

España debe á Rosales gran parte del renacimiento contemporáneo. La juventud se lanza con entusiasmo á la escuela de Rosales, camina por las sendas que él dejó trazadas, se enamora de su manera sencilla, grandiosa y sana, aprende á ver en él la naturaleza, como Rosales la aprendió de Velázquez. Su genio simpático y atractivo es *saludable*, como el aire puro de las grandes alturas; respirándolo, no hay temor de tomar fiebres barrocas ó pestilentes. Es saludable, porque es la verdad y la sencillez con robustez y sin alardes vanos y porque detrás de sus cuadros se ve al hombre que sabe pensar y que profundamente piensa.

Rosales, además, es español, puramente español, sin mezclas ni cruzamientos; tan español en su genio como era español en su fisonomía; su perfil fino y delicado es el perfil del elegante caballero contemporáneo de D. Juan de Austria, amigo de Cervantes y de Lope, poeta como ellos.

Al morir tan joven, de cierto pudo repetir las palabras de Andrés Chenier, que al pie de la guillotina exclamó, tocándose la frente:

« ¡Aquí quedaba algo grande! »

Luis de Llanos.

El último de los artistas españoles glorifica con toda su alma al primero de los pintores modernos: al sublime Rosales.

Virgilio Mattoni.

Hay en las obras de Rosales una conjunción tan completa de armonías en pensamiento, líneas, luces y color, que forman un tesoro inagotable de bellezas y llevan el ánimo á la admiración.

Para Rosales siempre tuvo mi alma un voto de fervoroso respeto. Su genio es tan grande, que más alumbra cuanto más se extinguen sus cenizas.

José Garnelo Alda.

No cual ígneo meteoro
Que al cruzar el firmamento,
Brillando sólo un momento,
Pasa sin rastro dejar,
Tú, radiante meteoro
Fuiste en el cielo del arte;
Mas Dios quiso en él dejarte
Como fijo luminar.

María Josefa Massanés.

Rosales, poeta de altos vuelos, genio pictórico sin segundo, el que más emulaba á Velázquez, sin imitarle; con fantasía privilegiada que reverbera en su frente espaciosa y en sus ojos vagarosos; enaltecedor de los méritos ajenos, como quien no tiene envidia; modesto en su trato; escritor de sentimiento, cuya imaginación era receptáculo de impresiones, que hermoceaba con su pluma y con su pincel; muerto á los 36 años, cuando el mundo le sonreía con los mas alboreados colores; es una gloria de España, de esta España que aún no ha concedido una pensión á su viuda. Si por los gustos se saca la grandeza, ninguna mayor que la de Rosales, el cual escribía desde Roma, en 1862, lo siguiente: « Tres libros tendré por inseparables compañeros en las adversidades y en las alegrías de mi vida artística: *El Quijote*, *La Divina Comedia* y *Los Prometidos Esposos*. »

Fernán Herrán.

Rosales veía grande siempre, y como á su concepción respondía una mano que pintaba con holgura, sus obras, aunque fuesen pequeñas en dimensiones, resultaban grandiosas. Rosales en otros tiempos hubiera llenado con sus creaciones los paramentos de los palacios públicos y particulares, y su valiente imaginación hubiera encontrado medio de espaciarse en su terreno propio. Quien pintó *El Testamento de Isabel la Católica* probó que descendía de Velázquez; quien trazó *La presentación de D. Juan de Austria* y *Doña Blanca de Navarra entregada al capitel de Buch* demostró que sabía interpretar la Historia, con verdad arqueológica en el sentimiento y en los personajes, y con carácter moderno en el desempeño pictórico. Su salud quebrantada primero, y la muerte luego, como tristísima consecuencia, le impidieron alzar el vuelo hasta la altura á que de fijo se hubiera remontado. Las obras que dejó pintadas bastan, empero, para conquistarle uno de los primeros y más honrosos puestos en el arte contemporáneo.

F. Miquel y Badia.

La justicia y la gloria llegan siempre á los grandes hombres cuando no la necesitan, cuando descansan de las penalidades de la vida en brazos de la muerte.

Agapito Vallmitjana.

Rosales, artista verdaderamente grande, como tal se manifiesta en sus obras, subordinando todo á la idea y haciendo abstracción completa de lo particular é individual, cosas tan sólo propias para fijar la atención de inteligencias limitadas.

Eugenio Alvarez Dumont.

El único retrato de Rosales que conozco sugiere la idea de un carácter moral en extremo simpático. Su adelgazado y delicadísimo perfil recuerda algo la faz del Cristo con la melancólica dulzura de quien, siendo perfecto, se resigna tolerante y bondadoso al espectáculo de la miseria; por aquella frente anchísima y serena sólo pueden resbalar ideales concepciones; en los ojos arde un alma apasionada que consume un cuerpo enfermizo, como llama voraz en pábilo mezquino y enjuto; la boca no sonríe, pero tampoco desdeña; el desaliento y la desdicha velan con hábito imperceptible todo el rostro. Estas condiciones dan al carácter moral de Rosales alguna semejanza con el del poeta Becquer. Ambos heredaron de los románticos el desencanto de la realidad y fueron víctimas de ella.

J. Izart.

El gran Rosales, tan poeta como pintor, tan naturalista como poeta, tan enérgico como bueno, tan erudito como inspirado, tan vehemente como pensador, tan viril como sensible, legó á su patria la inmortalidad de un nombre sancionado por el universo. Interpretó épocas, costumbres y jerarquías. Su potente, maravillosa y trascendental paleta nos dió fisonomía propia, hermanando nuestra gloriosa tradición con la conquista del arte moderno.

¿Cómo lo reconoció su patria....?

José Massriera.

El arte, para Rosales, no era un medio de vivir, sino una religión, á la que sacrificó su existencia, destacándose su figura entre los artistas modernos, como las de Velázquez y Ribera entre los pintores del siglo xvii.

César Alvarez Dumont.

Fácil es pasar á la historia cuando el genio vive en una atmósfera donde le es dado tender el vuelo, como sucedió á Miguel Angel, Rafael de Urbino y Velázquez, protegidos de Papas y Reyes; lo difícil es llegar á inmortalizarse luchando siempre, como Rosales, por la existencia, contra el destino.

Baldomero Galofre.

Fué Rosales un pintor serio que pintó lo que se propuso, nunca á lo que saliera; su obra no ha sido hasta hoy por nadie superada.

Román Rivera.

¡Qué inspiración gigante la del artista al trazar las primeras líneas en un lienzo!

¡Sublime escena! Una reina que muere legando á su pueblo un nuevo mundo, una patria unida. Grandiosa epopeya que sólo tú, ¡oh gran Rosales! podías comprender é iluminar con tu pincel, inmortalizándola con tu genio.

Enrique Serra.

Rosales no ha muerto. Vive entre nosotros, porque su espíritu anima la moderna escuela, á la que abrió su genio nuevos y amplios horizontes.

Enrique Simonet.

Como las inspiradas Sibilas que el genio de Miguel Angel creó en el techo de la Capilla Sixtina, infundiéndoles el aliento de seres extraordinarios, que compendio de una edad ó expresión de un sistema filosófico, han predicho á la humanidad sus destinos ó llorado sus desdichas; los evangelistas de Rosales, con igual grandiosidad, tienen en su aspecto toda la magnitud del profeta que escribe, inspirado por Dios, las inmortales páginas de la Biblia.

Para Rosales la ejecución era una esclava con la misión exclusiva de vestir y engalanar la idea. De la idea era á su vez Rosales esclavo sumiso y adorador entusiasta.

J. M. Tamburini.

EN EL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE ROSALES

Te dió el iris sus colores,
te dió un ángel su pincel,
y el genio sus resplandores,
y emulaste á los pintores
Velázquez y Rafael.

